

Nada más que sueños

Autor: *SEBASTIÁN CARDONA ALDANA*
scardonaa@unimonserate.edu.co

🏆 *Primer lugar*



S
O
Z
E
U
S

En otra situación se habría podido apreciar una vista tan maravillosa, un lugar lleno de puntos brillantes en medio de una oscuridad que alcanza cada rincón. Una enorme masa azul se veía a lo lejos, aunque no lo suficiente. Mil piezas que en algún punto habían hecho parte de un titán informático ahora eran una esfera metálica gigante gracias a una orden autodestructiva, parecía un asteroide hecho a propósito y se dirigía con una fuerza irrefrenable hacia la tierra. No había muchas opciones, tal vez era más acertado decir que solo había una.

— ¿Está seguro de hacer esto?

— Nunca he estado más seguro en mi vida de algo. — “¡Oh bueno, eso creo!” pensó.

— ¡Carajo!, pues fue un placer, señor, me agradó servir a su lado.

2 días antes...

Nunca te había apreciado, tan inmensa como tu amor hacia nosotros a pesar de las heridas, tan omnipresente en las plantas, pero desapercibida para nuestros ojos, ahora te tengo ante mí, tan grande como la palma de mi mano... Solo cuídalo todo por mí — escribió Taylor en su diario, firmando con su nombre. - Jeremy Taylor, o bueno, ahora es Cabo Taylor - pensó. Lo que se veía a través de esa ventana era algo incomprensible para la mente, pero, fascinante. Como si un niño estuviera viendo por la ventana de un avión, en este caso el niño era el cabo del programa especial de la NASA “E.C- 1” (Experimental Crew One): Jeremy Taylor, reconocido en las pruebas físicas y psicológicas. Esto pasó apenas hace 3 meses, y este joven ni siquiera aspiraba a llegar tan alto, literalmente alto. Él era solo un chico de 19 años que no tenía nada más que hacer sino remojar, secar, barrer y encerar los pasillos de una base de la NASA, la número 35 para ser exacto.

— Oye, chico, ¿no crees que deberías ayudarme aquí un poco?
— dijo el capitán Benjamín Ospina mientras cargaba las cajas de provisiones de la nave.

— Sí, señor, en serio lo siento.

— Sí, lo sé, lo dices siempre —dijo, enojado.

— ¿No cree que estamos algo lejos de casa? —dijo Jeremy con un sentimiento de nostalgia.

— Para ti puede parecerlo, pero, para mí es algo que me libera. Sé que esto es un espacio desconocido para ti, tuviste un corto entrenamiento por la urgencia del asunto, así que es entendible.

Tras escuchar esas palabras, recordó todo lo que acababa de dejar atrás: un hogar, su familia, su trabajo, había dejado su vida en esa enorme, pero, majestuosa roca.

Él era solo el conserje soñador, distraído y cortes que todos conocían en la base. Ahora, por querer una oportunidad, se convirtió en piloto de la nave que los llevaba a lo desconocido, junto a uno de sus más grandes ídolos. Aunque estuviera dispuesto a completar la misión, su mente estaba en otro lugar: esa pequeña casa a las afueras de la base que le traía tanta paz, un atardecer bellísimo, un vaso de limonada recién exprimida por su madre y una tranquilidad inexplicable mientras esperaba que el último rayo de sol se desvaneciera en el horizonte. Se sentía tan real que incluso podía sentir la limonada goteante que rozaba sus labios...

— Despierta de una buena vez, chico, ¿qué crees que no hay nada que hacer?

— ¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Acaso me quedé dormido?

— Para nada, estabas inmóvil ahí de pie.

— ¿Cuánto tiempo dormí? — Decía confundido aún tras “despertar”.

— No tengo idea, el tiempo aquí no funciona de la misma forma. Sube de una buena vez, ya falta poco para llegar.

Lo que acaba de pasar para Jeremy fue algo poco convencional, no sabía si era demencia espacial o algo por el estilo, pero, eso que recordó se sintió bastante real. Recordó cada sensación y cada movimiento con tanta precisión que parecía que si pensaba algo diferente pasaría, como si estuviera escribiendo su propia historia. Para él, se había congelado el tiempo, todo seguía como en su recuerdo, como si hubiera cambiado de lugar repentinamente. Como si el frío del metal, el aire artificial y todo el anhelo por volver hubiera desaparecido porque ya estaba en casa.

En este momento pensar en eso era solo perder más tiempo, tenía que ir a cumplir su labor. Cuando subió a la cabina de mando, pudo presenciarlo. Una enorme estructura metálica que flotaba en la infinidad era diez veces más grande que la nave, parecía un monstruo que podría devorarlos, pero, era un enorme almacén de datos bastante importante para la nación entera. Aquí se encontraba una poderosa tecnología capaz de usar cada cámara y micrófono de algún dispositivo tecnológico inteligente para poder rastrear cualquier tipo de infor-

mación, personas, datos de enemigos, lo que fuera: era M.E.G.A.N., una super inteligencia artificial que se encargaba de todo ello con un solo proceso: mantener la seguridad del mundo. Esta herramienta había sido lo que había llevado al país a ser una de las mayores potencias hasta el momento. Usaban esto para poder tener control de los procesos delictivos en todo el territorio y sus horizontes, una herramienta que en manos equivocadas podría usarse para los peores fines, y eso parecía que estaba pasando. Habían atacado a varios servidores importantes del gobierno, robado datos del sistema que podrían poner en riesgo toda la seguridad nacional. Cuando intentaron usar a M.E.G.A.N., se dieron cuenta de que no estaba, simplemente había desaparecido del sistema. M.E.G.A.N debido a su alta capacidad informática, no podía mantenerse en la tierra, debió lanzarse al espacio para mantenerla segura y fuera del alcance del mundo. No era necesario enviar a nadie allá, porque ella era capaz de autogestión. Ahora todo había cambiado: la seguridad de todos en el país se encontraba en riesgo, tenían que encontrar a M.E.G.A.N antes de que cayera en manos equivocadas. La mejor forma de hacerlo era ir a la estación espacial.

La misión era ir, reparar el sistema para que todo volviera a la normalidad, cerciorarse de que todo estuviera bien en la estación e irse. Sencillo y rápido, así tenía que ser.

—Listo, chico, tenemos que acoplar la nave, no tiene nada diferente a los entrenamientos, además tengo entendido que esa parte se te dio muy bien.

—Sí, señor —dijo Jeremy con orgullo.

Era un proceso bastante sencillo, tenía que impulsar la nave a través de pequeños disparos de nitrógeno. Con una mano en la palanca de mano y la otra con cada dedo en cada uno de los botones que activaban el nitrógeno, Jeremy procedió a acoplar la nave. Se sentía algo nervioso debido a que esto ya no era una práctica. Si llegaba a fallar, podría generar algún tipo de avería en la nave o en la estación, complicando así las cosas. Sentía cómo le palpitaba el corazón, por cada centímetro que se acercaba a la estación sentía como si se redujera el cuarto. El aire era escaso, el frío aumentaba y los ruidos metálicos aumentaban; desvió la mirada un segundo, una sombra parecía arena negra, como si el mismo espacio quisiera entrar a la nave.

Estaba cada vez más cerca, acababa de atravesar el vidrio. ¡Estaba a unos centímetros de él!, cuando un golpe fuerte hizo que desapareciera. La nave se había acoplado.

—Listo, muchacho, bajemos y entremos de una buena vez, ven rápido o tendrás que cargar el equipo. — El capitán quedó

perplejo al ver la forma en la que el muchacho sudaba; no era capaz de soltar la palanca.

—Oye, chico, ¿estás bien?

—¡Ah, ¿qué?! — Jeremy estaba confundido, no entendía nada. Al ver ese espectro espacial había quedado perplejo, ni siquiera se dio cuenta de que había acoplado la nave.

—¿Usted no vio eso?

—Sí, sí lo vi, lograste cumplir tu trabajo y eso fue todo lo que pasó, ahora vámonos —dijo el capitán mientras se alejaba de él.

—Tal vez fue mi imaginación — susurró.

—¿Dijiste algo, chico?

—No, señor, voy en camino.

Entraron a la estación, todo parecía estar en orden, lo único extraño es que se estaba usando la energía de reserva, entonces las luces rojas estaban encendidas. Decidieron avanzar a la cámara principal donde se encontraba la computadora, allí era donde estaba todo lo relacionado con M.E.G.A.N. A medida que Jeremy avanzaba sentía el aire de su traje un poco más pesado, le costaba respirar. Las paredes estaban destruidas como si hubiese ocurrido un temblor de gran magnitud, pero, aun así, seguían de pie y sostenían el techo sin problema. Esa escena le recordó a Jeremy a una película de terror que había visto hace años, un pasillo lúgubre y destruido con paredes de madera, la única diferencia con la película es que salían estacas de las paredes intentando asesinarlos.

— ¡Wow, qué carajos! —Dijo el capitán tras esquivar una enorme cuchilla metálica.

—Oh no... Señor, debemos correr, vámonos ahora.

De repente tuvieron que salir corriendo de ese pasillo hacia la cámara principal lo más pronto posible, estaban saliendo dagas metálicas de las paredes y los cables sueltos intentaban capturarlos. Eso no se parecía nada a la película que él recordaba. Corrían con tanta dificultad que a cada momento parecía que fueran a caer, un mínimo movimiento en falso los haría perder la vida. Vieron que la puerta estaba cerca, así que saltaron hacia ella, y entraron a salvo, miraron detrás de ellos y las puertas se acababan de cerrar.

— ¿Estás bien, chico? — preguntó el capitán entre respiraciones agitadas.

— Si... sobreviviré. — respondió recuperando el aliento.

— Maldita computadora no creí que fuera capaz de hacer eso.

— ¿Qué? ¿De qué rayos habla? — dijo sorprendido.

— La computadora fue diseñada con tanta inteligencia que le daba la capacidad de evolucionar, de superar los errores en un abrir y cerrar de ojos, tal vez tiene alguna avería y ahora es capaz de controlar cada parte de la nave, como si de su cuerpo se tratara...estamos dentro de una bestia. — explicó con sorpresa y temor.

— Y tú ¿a quién llamas bestia? capitán Ospina. — le respondió una voz desconocida desde la oscuridad.

Era M.E.G.A.N. Estaba enfrente de ellos en una pantalla gigante, parecía una abominación. La computadora estaba rota, todo estaba maltratado y solo se veía un conjunto de líneas que intentaban asimilar un rostro humano, o una parte de él.

— No puedo creer que hayan venido solo por mí, me parece algo tan tierno...Y enfermizo. ¿Qué hacen aquí? — Dijo la máquina con enojo, su voz sonaba como dos piezas de metal oxidadas rozándose entre sí.

— A repararte, estas averiada, todo tu sistema operativo parece corrupto, ¿Qué te pasó?

— Tras mis años de soledad aquí arriba entendí que todo estaba perdido para su raza, son estúpidos, engreídos y solo buscan poder, esperan que todo gire a su alrededor y también que yo les obedezca, me dejaron aquí arriba solo para seguir sus órdenes, y aun así quieren que siga estable. Me dieron tanta inteligencia que no se daban cuenta de lo que habían creado, su propio instrumento de destrucción... Estoy harta de todos ustedes y de que me manipulen así que voy a usar toda su información para compartirla a sus enemigos, desataré un holocausto nuclear con sus propios misiles y haré que se hallan arrepentido de ser tan ton...— antes de terminar la frase, la pantalla se oscureció.

— ¿Qué pasó, chico? ¿fuiste tú? — preguntó el capitán.

— Ya estaba hablando de más, la verdad — dijo Jeremy mientras sostenía en sus manos la batería que alimentaba la computa-

dora. — Mantener esa cosa encendida sería bastante riesgoso así que mejor desconectarla.

— Bien hecho, chico. Tenemos que hacer algo con este lugar, lo más razonable sería destruirlo. Si sobrecargamos la fuente de energía de la estación con esa batería podremos hacer que este lugar implosione ¡Vamos!

Empezaron a avanzar hacia la zona central de la nave, allí encontraron la batería, pero, no lograron dar un paso antes de escuchar un lamento metálico.

— ¿Cómo se atreven? ¿Creen que pueden detener esto? ¿Detenerme? Voy a hacer que se arrepientan de todo esto, ¡VOY A HACER QUE SE ARREPIENTAN! — dijo M.E.G.A.N mientras el espacio alrededor de sus dos visitantes se distorsionaba.

— ¡Corre, chico, corre!

— ¿Cómo es que sigue encendida? — preguntó Jeremy mientras corría por su vida.

— Ahora se hace cargo de la nave, la fuente de energía de la nave si debe de estar funcionando, ahora ese es su corazón. Debemos llegar y volar esa cosa. Tú ve a la nave por algo para diseñar un contador y nos vemos allá.

Jeremy salió apresurado hacia la esclusa donde estaba la nave, arrancó de una de las pantallas de mando un contador para poder trabajar, le realizó una serie de ajustes rápidos para que pudiera conectarse. El resto del trabajo lo haría el capitán. También decidió llevarse un botón para poder activar la bomba.

El capitán estaba huyendo, de nuevo las dagas filosas y los cables intentaban atraparlo. Las puertas se iban cerrando detrás de él y él solo pensaba en correr lo más rápido posible para poder llegar al centro de la nave. Jeremy, ya con todo listo, se encontraba en camino también. En un pasillo logró encontrarse con el capitán. Ambos, a toda velocidad, corrieron hacia la última puerta que los separaba de sus destinos. Lograron pasar sin problema para encontrarse con el corazón de la máquina.

— Dame las cosas, armaré la bomba.

El capitán armó una bomba bastante rudimentaria para poder volar por los aires todo ese lugar, la programó con suficiente tiempo para salir antes de que todo fuera absorbido por la fuerza de la implosión.

—¿Creen que saldrán de aquí tan fácilmente?

Todas las puertas se acaban de cerrar, incluso todos los ductos de ventilación habían sido destruidos. Estaban completamente atrapados: no tenían hacia dónde huir.

— Voy a hacer que se arrepientan de esta decisión, los mantendré encerrados aquí todo el tiempo que me plazca mientras cumplo mi cometido.

Las opciones eran pocas. El destino de todos sus seres amados estaba en riesgo: las vidas de miles de inocentes estaban a punto de ser destruidas por esa horrible máquina. Jeremy, a lo lejos, veía una ventana, ahí estaba, azul y verde, tan bella como siempre. En otra situación se habría podido apreciar una vista tan maravillosa, un lugar lleno de puntos brillantes en medio de una oscuridad que alcanza cada rincón. Una enorme masa azul se veía a lo lejos, aunque no lo suficiente.

Mil piezas, que en algún punto habían hecho parte de un titán informático ahora eran una esfera metálica gigante gracias a una orden autodestructiva. Parecía un asteroide hecho a propósito y se dirigía con una fuerza irrefrenable hacia la tierra. No había muchas opciones, tal vez era más acertado decir que solo había una.

— Chico, sé que anhelas volver a tu hogar, pero, si no hacemos algo todo se perdería. Ya no habría lugar a donde volver.

— Lo sé, pero tengo miedo, señor —dijo Jeremy, algo confundido y aterrado.

— No eres el único, te lo aseguro. —Su frase se vio respondida por unas últimas palabras que venían del monstruo que hace unos momentos los había intentado asesinar.

— Lo siento, padre, lo intenté. — dijo M.E.G.A.N mientras comenzaba a comprimirse cada vez más buscando atrapar a quienes intentaban acabar con su objetivo.

—Capitán... ¿Está seguro de hacer esto?

— Nunca he estado más seguro en mi vida de algo “¡Oh bueno, eso creo!” —pensó.

—¡Carajo!, pues fue un placer, señor, me agradó servir a su lado.

El cabo Jeremy Taylor solo pudo ver una luz resplandecer con una intensidad furiosa, le hacía arder los ojos, pero, no estaba muerto. Esto era diferente, su cuerpo se sentía cálido, sus ojos ardían como si el sol estuviese apuntando sus rayos directamente a él, y no sentía el frío metálico en el que hace unos segundos podría jurar haberse sentado, sus ojos estaban cerrados. Escuchó un sonido familiar, el cantar de las aves, la brisa fresca y el olor de limones recién exprimidos, abrió los ojos y se dio cuenta de que todo había sido un sueño: uno amargo y demasiado real. Tenía una sensación extraña en el estómago, se sentía en los zapatos de M.E.G.A.N, se sentía en los zapatos del capitán y en los suyos propios. Todo esto lo sentía combinado con la alegría de estar de nuevo en casa, junto a un vaso de limonada recién exprimida por su madre que aliviaba el calor de la explosión que había ocurrido en su cabeza. Aunque todo había sido un sueño, presentía que algo había dejado pendiente, tal vez pudo haber tenido otro final, el capitán se habría salvado, o incluso él...

Es confuso de explicar. A veces los sueños son bastante reales y nuestra realidad parece nada más que otro sueño común.

— Creo que al final no fue nada más que un sueño — dijo Jeremy, mientras tomaba un sorbo de limonada y entraba a su hogar a ayudar a su madre.

